
MONASTERIOS Y DOCTRINA DE SAN BASILIO

Hemos visto en la vida de san Basilio, que, deseando este Santo abrazar la vida monástica, emprendió diferentes viajes á la Siria, á la Palestina y al Egipto, para aprenderla de los solitarios que la practicaban con más perfección. Regresó cargado de tesoros espirituales, y se retiró al Ponto cerca del monasterio de su madre y de su hermana santa Macrina, para establecer una comunidad de hombres y conducirlos por el camino de la perfección según las reglas que había aprendido de aquellos monjes, como lo hacían estas señoras con sus religiosas.

El monasterio que fundó está separado del de éstas por el rio Iris, dirigiendo uno y otro durante algunos años, hasta que se encargó de ellos su hermano san Pedro, ántes de ser elevado á la silla de Sebaste. Cuando se retiró á este monasterio, hizo los mayores esfuerzos por atraer á su lado á san Gregorio Nazianceno, que se había retirado á Tiberina, territorio de la diócesis de Nazianzo, en que se hallaba enclavada la ciudad de Arianzo, de que era natural. En una de sus cartas le hacía esta hermosa descripción de su retiro.

« Habeis faltado tantas veces á vuestras promesas, que ya no abrigo esperanza de que vengais aquí, como desea mi hermano. Mis negocios no me han permitido esperaros más tiempo. Me he retirado despues al Ponto para gozar de mí mismo, y Dios me ha proporcionado una morada conforme á mis deseos, y tal como podíamos imaginarla, cuando no nos lo impedían los asuntos eclesiásticos.

Es una elevada montaña cubierta de un bosque espeso, y cuyo pié riega por la parte del Septentrión un manantial de fresca y cristalina agua. En su falda hay una llanura fecundizada por abundantes arroyuelos. Esta llanura está rodeada de una multitud de árboles, que crecen naturalmente, y que le sirven como muro de defensa. Los encantos de la isla de Calipso tan celebrados por Homero, no tienen comparación con los de este paisaje. Pudiera muy bién esta llanura llamarse una verdadera isla, pues está como aislada y defendida por todas partes. Además de que la circundan valles profundos, un rio que se precipita desde las alturas, la riega y le sirve de muralla por un lado, miéntrás que por el otro le sirve como de fortaleza inaccesible la misma montaña. No hay más que un paraje por donde se puede entrar á ella, de modo que somos los dueños de ella. »

« Habitamos en una altura, desde la cual se descubre toda la planicie y el curso del rio que la circunda, lo que hace que sea más agradable á la vista que el rio Estrimón, que forma las delicias de los habitantes de Anfipolis en la Macedonia ; pues miéntras que éste corre tan lentamente, que apénas se le puede llamar rio, el que nos ocupa corre con velocidad vertiginosa, produce espantoso ruido al chocar sus aguas con las rocas, y se precipita con impetuosidad en un abismo profundo, todo lo cual constituye uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece la naturaleza. En este abismo ó sima alimenta una cantidad muy considerable de peces, proporcionando así grandes beneficios á los habitantes del pais. »

« No os hablaré de los suaves vapores que de él se desprenden, ni del aire purísimo que aquí se respira, ni de la variedad de flores que recrean la vista y embalsaman el ambiente, ni de la multitud de avecillas que con sus melodías encantan el oído. Produce tambien este terreno exce-

lentes y abundantes frutos. A otro cualquiera encantaría este paisaje, pero á mí más que su encantadora belleza me agrada el reposo que en él se disfruta, no sólo porque se halla alejado del tumulto de las ciudades, sino porque ni aún es paso para ninguna parte, y sólo se vé alguno que otro cazador que viene á solazarse. No hay osos, ni lobos, ni otras fieras, sino sólomente ciervos, cabras silvestres, liebres y otros animales apacibles y útiles. En vista de esto, ¿direis que carezco de gusto, prefiendo este retiro á vuestra Tiberina, que es lo último del mundo? Estoy seguro de que me perdonareis por haberme apresurado á venir aquí. Alcmeon puso fin á sus correrías cuando encontró las Equinadas. »

Aunque ensalza tanto san Basilio los encantos del desierto que habitaba, puede asegurarse que ni él ni sus religiosos disfrutaban de ellos, pues llevaban una vida pobre, laboriosa y mortificada. Así lo dice san Gregorio en una de sus cartas, en que se mofa en cierto modo de las bellezas de esta soledad tan ensalzada. Pues como san Basilio había deprimido su Tiberina, llamándola lo último del mundo, porque este lugar era muy bajo y lleno de lodo, san Gregorio á su vez le contesta en estilo zumbón sobre los atractivos de su morada, y aún cuando se conoce que se expresa de este modo por efecto de la amistad que los une, dá á entender muy claramente que san Basilio y los suyos vivían con mucha austeridad.

Hé aquí lo que en resúmen le recuerda san Gregorio, despues de pasar algún tiempo en este retiro, y de regresar á Narianzo. Le dice que su casa no tiene techo ni puerta ; que no se veía en ella fuego ni humo, ni aún para secar los muros que eran de barro : que allí se moría de sed en medio de las aguas : que en lugar de las delicias de Alcinus que, al sacarle de Capadocia, le habia hecho concebir, había encontrado una mesa más pobre que la de Latófages,

y un festin en que nada se podía comer : que siempre se acordaría de sus panes y de sus panetelas : que los panes eran tan duros, que no les entraban los dientes, sino con peligro de rompérselos, y estaban tan mal cocidos, que más parecia tomar cieno que alimento, y por último, que habría muerto de miseria, si su madre (santa Emelia), tan compasiva para con los pobres no le hubiese asistido en aquella miseria.

Continuando san Gregorio esta especie de zumba, dice que su jardín era tan ameno, que sólo se encontraban hierbas en él : recuerda que el estercolero era tan fétido como el de Augías, que sacaban de la casa para llevarlo al pretendido jardín, y como para colmo de felicidad, Basilio y él tenían que tirar de un enorme carro, que les había dejado lisiados para mucho tiempo.

El estilo de esta carta dá á entender cuán grande era la austeridad con que se vivía en este monasterio de san Basilio, en el cual se practicaba la más rigurosa abstinencia y el más absoluto desprendimiento, y en que se domaba la carne con el trabajo manual, sin que se le concediese el más ligero alivio.

Pero cuando san Gregorio escribía más seriamente á su ilustre amigo, lo hacía recordando con satisfacción los dias venturosos que había pasado en su monasterio, en que el canto de los salmos, las vigiliias y la oración trasportaban sus espíritus desde la tierra al cielo, y en que miraban como delicias el trabajo, el acarreo de leña, la plantación de árboles, y el riego de los campos. Por estas cartas sabemos cuales eran las prácticas que hacía observar san Basilio á sus religiosos, siendo de creer que se observarían en los demás monasterios que fundó en otros lugares de la misma provincia, así como en Cesarea. Pero este gran santo detalla estas religiosas observancias en una célebre

carta que dirigió al mismo san Gregorio sobre los deberes de la vida monástica.

« El único medió, dice en ella, para aprovecharse de las ventajas de la soledad, es renunciar absolutamente al mundo. No digo que sea necesario morir corporalmente, pero sí que es preciso no apegar á él el corazón. No tenemos ni ciudad, ni casa, ni familia, ni amigos, ni campos, ni bienes, ni cosa alguna propia. Renunciamos á toda clase de negocios, á los contratos y á los pleitos, y de tal manera despojamos nuestros corazones de las cosas humanas, que se hallen en disposición de recibir la doctrina celestial, y de renunciar á todas las falsas máximas que se aprenden en el trato con el mundo. »

« Para esto es preciso escoger una soledad como la habitada por nosotros, en la cual vivimos enteramente separados del mundo, y en la que no es interrumpida la meditación por personas extrañas. Las santas lecturas alimentan el alma y la nutren de buenos pensamientos ¿ Qué felicidad puede haber sobre la tierra que sea comparable á la de llevar una vida angélica? Se comienza la oración con el día, se adora al Criador con himnos y cánticos, y más tarde se trabaja, sin que el trabajo interrumpa la oración. »

« Los cánticos llenan de gozo el alma y dulcifican las amarguras de la vida. El reposo de la soledad dispone el alma para que se purifique ; la lengua no profiere discursos profanos : los ojos no se recrean en la belleza de los objetos : la actividad del espíritu no se debilita por las distracciones del oído, y no hallándose el alma disipada por los objetos exteriores, ni por los placeres de los sentidos, entra fácilmente en sí misma para aplicarse sin obstáculos á la contemplación de las cosas divinas. Penetrado el espíritu de estas luces divinas, olvida todo lo demás, y apenas piensa en vestir y alimentar el cuerpo. Las cosas temporales no le causan inquietud : no suspira más que por los

bienes eternos, y hé aquí porque se aplica toda á adquirir la virtud de la fortaleza, de la templanza, de la prudencia, de la justicia y todas las demás que hacen al hombre vigilante, y lo disponen para llenar todos sus deberes. »

« La meditación de las sagradas Escrituras es el mejor medio que puede emplearse para conocer la verdad y los propios deberes. En ellas se encuentran las reglas que han de dirigir nuestras acciones, y las vidas de los santos que en ellas se refieren son como una luz que conduce á Dios. Así como los que copian un cuadro dirigen de tiempo en tiempo una mirada sobre el original para fijarse en los más pequeños detalles, así los que quieren adquirir la virtud deben tener delante el ejemplo de los santos para imitar todas sus acciones. La oración que sigue á la lectura encuentra al alma más dispuesta y como abrasado en el fuego del amor divino, é imprime en ella un conocimiento más perfecto de la Divinidad. El considerar que Dios habita en nosotros es en cierto modo poseerlo anticipadamente. »

« Debemos aplicarnos con sumo cuidado á hablar con circumspeccion y prudencia, proponiendo nuestras dudas y cuestiones con dulzura, respondiendo de una manera afable y respetuosa, sin obstinarse ni debatir contra los que son de opinion contraria, sin manifestar desprecio á sus razones, sin hacer vanos alardes de ciencia, y tomando tiempo para resolver en cualquier asunto que se nos consulte. No debemos avergonzarnos de aprender, ni rehusar malignamente á otros las luces que se nos han dado. »

« Cuando se habla, es preciso dar á la voz la entonación correspondiente, procurando que no sea tan baja, que no se enteren los asistentes de lo que decimos, ni tan fuerte que los aturda. Sed dulces y complacientes en el trato social, y no descendais á chanzonetas inconvenientes. Procurad que por vuestra dulzura se os califique de hombres prudentes, humildes y pacíficos, y que nunca aparezca en

vuestro rostro la acritud, aunque os veais precisados á reprender. »

« El ojo debe estar siempre bajo y modesto para que se conforme á los sentimientos de humildad que debe haber en nuestros corazones. Es preciso que no haya afectación en los vestidos ni en el cabello, que el hábito esté modestamente ceñido, que el paso no sea excesivamente lento ni precipitado : que al vestirse no se procure más que cubrirse decentemente y preservarse de las inclemencias del tiempo : que las ropas sean suficientemente tupidas para conservar el calor : que el calzado sea cómodo, pero no lujoso, y que el alimento no consista más que en pan para apaciguar el hambre, y en agua para aplacar la sed. »

« No debe comerse con avidez, y durante la comida ha de meditarse en las cosas divinas. Antes de sentarse á la mesa es justo bendecir á Dios, y darle gracias por el alimento que nos dá. La hora de la comida debe ser fija y no cambiarse. Basta dedicar una hora al día para las necesidades del cuerpo, y consagrar todo lo demás á las de espíritu. Sea el sueño ligero y el estrictamente necesario para satisfacer á la naturaleza. Para los que se consagran á la piedad empieza la aurora á la media noche : pues desprendida el alma en esta hora de los cuidados é impresiones de los sentidos, se eleva más fácilmente á Dios, piensa en sus pecados para corregirse, busca los medios de evitarlos, y pide á Dios los auxilios necesarios para conseguir el objeto á que aspira. »

Trazando de esta manera san Basilio los deberes de los solitarios, nos enseña que los practicaba en su monasterio de las orillas del Iris, como lo veremos más detalladamente al hablar de sus ascéticos : pues siendo este monasterio el primero que fundó, tenía naturalmente su predilección, así es que, aún cuando en Cesarea tenia muchos monjes bajo su dirección, suspiraba siempre por las delicias espirituales

de su primera soledad. Por esta razón habiendo podido en el año 375 desprenderse durante algún tiempo de los negocios que lo embarazaban vino al lado de su hermano san Pedro de Sebaste que entónces se hallaba en ella, y al año siguiente escribió á sus religiosos, diciéndoles que esperaba que Dios le concedería la gracia de visitarles nuevamente, pues nada le era tan grato como estar á su lado y recibir noticias de ellos. « El mayor consuelo que puedo tener, les decía, es saber que haceis progresos en la perfección de vuestro estado, y que os consagrais constantemente á la práctica de los preceptos de Jesucristo. Así pues, hallándome lejos de vuestro lado, no encuentro otro medio más adecuado para compensarme de esta amargura, que enviaros á algunos de nuestros hermanos, y hablar por cartas con vosotros. Con este objeto os he enviado al sacerdote Melecio, nuestro querido y muy piadoso hermano, y cooperador de mis trabajos evangelicos, el cual os manifestará mi deseo de visitaros, y mi solicitud por vuestras almas.

Asegura Rufino que no se contentó san Basilio con edificar este primer monasterio, y que iba por todas las ciudades y villas del Ponto, en donde no sólo exhortaba á los pueblos de esta provincia á que despertasen del letargo é indiferencia con que miraban las cosas de Dios y de su salvación, sino que les hacía conocer las ventajas de la vida religiosa. Por este medio llegó á fundar muchos monasterios tanto de hombres como de mujeres. Nada de particular sabemos acerca de estos establecimientos monásticos ; pero no podemos dudar que los dotó de las mismas reglas, con que se dirigía el de Iris. Los visitaba de tiempo en tiempo, aún despues de ser obispo de Cesarea, y tenía sus delicias en verse en medio de los santos religiosos que él había educado y nutrido en la piedad con sus exhortaciones, con las santas reglas que les había dado, y con las cartas que les dirigía.

Es de suponer que en una de estas visitas le ocurrió lo que leemos en Casiano. Habiendo dejado un senador los empleos del mundo y distribuido una parte de sus bienes á los pobres, se reservó una parte de ellos, porque no podía resolverse á vivir en una total renuncia, ni practicar la obediencia que en los monasterios se tributa á los superiores, ni vivir del trabajo corporal para sostener el cuerpo. Pero como pretendía haber renunciado al mundo, le dijo san Basilio. «Habeis perdido la cualidad de senador, pero no habeis adquirido la de religioso.

Los frutos de vida que las fundaciones de estos monasterios produjeron en el Ponto y en las provincias vecinas, no sirvieron sólomente para la santificación de los religiosos que los habitaban, sino también para la conservación de la fé católica contra los esfuerzos de los herejes que infestaban el Oriente. » Pues, dice Sozomeno, si los errores de Apolinar y de Eunomio no hicieron allí grandes progresos, ni encontraron gran número de sectarios, preciso es confesar que se debe á la virtud y al celo de los santos solitarios. Todos los habitantes de la Siria, de la Capadocia y de las provincias circumvecinas profesaban firmemente la doctrina del concilio de Nicea, sin lo cual todo el Oriente, desde la Cilicia hasta la Fenicia, se hubiera hallado invadido por los errores de Apolinar, y la herejía de Eunomio se hubiera extendido desde la Cilicia y el monte Tauro hasta el Helesponto y Constantinopla : pues poco trabajo costó á estos herejarcas el que fuesen admitidos sus errores en los países que habitaban, como poco trabajo había costado también á los arianos el difundir los suyos. El pueblo que profesaba grande estima y veneración á la virtud y santidad de estos solitarios, no pudiendo persuadirse de que sus sentimientos no se hallasen conformes con la verdad, profesaban grande horror á los que de ella se separaban. Otro tanto sucedió en Egipto, en donde los pueblos, adheridos á la fé que pro-

fesaban los santos monjes, detestaron, como ellos, la doctrina impía de los sectarios de Ario.

San Basilio dirigió también en Cesarea á muchos monjes, ya porque los hubiese hecho venir del Ponto, ó porque los encontrase establecidos en esta ciudad. Como amaba mucho á los que profesaban este estado, quiso tener siempre religiosos á su lado, y aparece de una de sus cartas que, habiendo resuelto un sujeto llamado Heráclides retirarse á una soledad con Anfloco, y habiendo venido de parte de este santo á pedirle consejo, le retuvo á su lado para instruirle y dirigirle en la piedad. Se sabe que su celo por la sana doctrina y por la virtud le atrajo enemigos, que se valieron de la calumnia para hacerle sospechoso aún á los ojos de los monjes ortodoxos ; pero estas nefandas artes se disiparon fácilmente. Como se le tachase de favorecer y extender el estado monástico, respondió que esta acusación constituía su mayor gloria, y que sólo deseaba que fuese mucho más verdadera, y que la virtud de estos religiosos igualase á la de los Padres del Egipto, de la Palestina y de la Mesopotamia, á cuya lado, dice humildemente, somos niños.

Había también en Cesarea un monasterio de religiosas, que era gobernado por dos sobrinas de san Basilio, y cuya iglesia estaba dedicada á los santos Cuarenta Mártires, por conservarse en ella algunas de sus reliquias. Habiendo llegado á esta ciudad san Gaudencio, obispo de Bresa, de paso para Jerusalem, visitó á estas religiosas, y les manifestó deseos de que le cediesen parte de este precioso tesoro, en lo cual no hubo dificultad alguna. Dice de las sobrinas de san Basilio, que no sólomente eran hermanas por los vínculos de la sangre, sino también por su fé viva, por su ardor por las cosas santas y por su excelente pureza. Añade que en sus respectivos cargos imitaban perfectamente á Marta y á María, mereciendo, por lo tanto, ser consideradas como dos almas muy amadas de Jesucristo, lo cual demuestra